

§ CC.

Situación de la Iglesia.—Vida religiosa de los pueblos en los principales Estados de Europa.

FUENTES.—Cf. *Dallinger*, Hist. ecl. t. II, P. I, c. 5, p. 49-115; en la segunda ed. p. 44-103.

La vida religiosa de los pueblos estuvo **fielmente** calcada durante este período sobre la de los Pontífices **romanos**, de donde proceden las grandes diferencias que **presentan** en los siglos IX, X y XI. Es imposible caracterizarla de una **manera** general; y por esto vamos á exponer rápidamente el estado **en que** se encontraba durante esta época la Iglesia en los **principales** reinos de Europa.

Reino franco ¹. Las desgraciadas discordias y guerras de Ludovico Pio y sus hijos no solo turbaron la paz **del imperio**, sino que hasta detuvieron el desarrollo de la Iglesia y los **progresos** de las costumbres eclesiásticas y cristianas. **En vano** durante el reinado de Carlos el Calvo se reunieron numerosos **concilios** en Coulainnes, Thionville, Loiré, Beauvais y Meaux; **ni se les** hizo caso ni se les escuchó siquiera en medio de las **continuas** guerras civiles y las incesantes invasiones de los normandos, que llevaron consigo el saqueo de los conventos, la ruina de **las iglesias**, y la destrucción del orden y disciplina eclesiásticas. **Habían** desaparecido en 865 los ilustres sábios de las escuelas de **Carlo Magno**, sin dejar discípulos: y hubo luego una tan profunda ignorancia en el Clero, que los obispos Frotier de Poitiers y Fulrado de París se vieron obligados á hacer componer por **Abbon**, monje de San German, una especie de Homiliario, en que **los** eclesiásticos debían aprender á predicar las verdades fundamentales del Cristianismo; y el concilio de Trosly, celebrado en 909, **se quejaba** de que muchos cristianos llegasen á viejos sin aprender ni saber el Símbolo

¹ *Flodoardi* Hist. Ecl. Rhemensis. *Glaver Radulphus*, Hist. Francor. (*Bouquet*, t. X). *Le Cointe*, Annal. ecclesiastici Francor. Par. 1668, in fol. t. IV-VIII. *Longueval*, Hist. de la Iglesia galicana. Par. 1732, t. IV-VII.

ni la Oración dominical. Por esto la consideración en que los pueblos tenían á la Iglesia no tardó en caer con la de la dinastía Carolingiana, arruinada por las usurpaciones sucesivas de los grandes vasallos de la corona. Hubo entonces un verdadero caos político; y como la Iglesia no podía siquiera reunir concilios, estallaron á la vez todos los desórdenes. Así se vió al poderoso conde de Vermandois hacer elegir hácia el año 925 arzobispo de Reims á un hijo suyo de cinco años; se vió al indigno Juan X atreverse á aprobar esa elección, y confiar al obispo Abbon de Soissons la administración espiritual de la diócesis ¹, mientras que el conde Liberto, haciendo muy poco caso de las disposiciones del Papa, nombraba para ella al obispo de Aquisgran, expulsado de su diócesis por los madgyares, y el rey Rodolfo pretendía á su vez en 932 hacer elegir á Artaudo, que despues de una larga lucha quedó dueño de tan disputada silla.

La floreciente congregación de Cluny ² fue entonces la prenda de un porvenir mas bello, no solo para la Iglesia franca, sino hasta para la Iglesia universal, cuyas esperanzas fueron confirmadas por la restauración política del reino franco bajo Hugo Capeto, y el encumbramiento de una nueva dinastía. Entonces fue cuando convencida la Iglesia de lo insuficiente que era el poder temporal para defender á los Reyes contra la grosera y desenfrenada insubordinación de los grandes vasallos, introdujo la tregua de Dios, *tregua Dei*, cuya infracción castigó como una violación de los derechos religiosos, primero con las mas fuertes censuras, y á fines del siglo X hasta con el entredicho. Por desgracia respondió el Clero con frialdad al llamamiento de la Iglesia, razón por la que fueron los progresos de esta sumamente lentos. Ochenta sínodos en el siglo XI recibieron quejas y acusaciones contra la anarquía, el concubinato y la simonía del Clero, que hacia el abuso mas criminal del entredicho. Salió, por fin, el bien del exceso del mismo mal cuando hasta los Obispos se atrevieron á dar en dote á sus hijas los bienes de los obispados. Verificóse una vigorosa reacción en la cumbre de la jerarquía. El concilio de Reims, celebrado en 1049, habla con una seriedad desacostumbrada. En Reims

¹ Cf. *Flodoardi* Hist. Ecl. Rhem. lib. IV, c. 20.

² Véase § 199.

bajo Gerberto y en Chartres bajo Fulberto, que murió en 1028¹, se fundaron escuelas florecientes, á las que se asociaron la escuela monástica de Tours, la de la abadía de Marmoutiers, reformada por san Mayeul, abad de Cluny, y la del convento de San Benigno en Dijon. Brillaron á poco entre las tinieblas del siglo XI, bajo la alta direccion de Lanfranco y su discípulo san Anselmo, que ocuparon mas tarde la silla de Cantorbery, las instituciones de la abadía de Fecamp y el convento de Bec, mas florecientes aun é incomparablemente mas sábias que las hasta ahora inventadas. ¡Lástima que las largas discusiones sobre la jerarquía, nacidas cuando los obispos de Bretaña fueron declarados exentos de la jurisdiccion metropolitana de los arzobispos de Tours, y envenenadas por los sucesos políticos, viniesen á detener de una manera deplorable el magnífico desarrollo de todas estas iglesias!

*Imperio germánico*². Formado despues de la muerte de Cárlos el Gordo por las cinco naciones de los francos austrasios, los suabos, los bávaros, los turingios y los sajones, reconocia este imperio desde los tiempos de san Bonifacio la iglesia de Maguncia por la principal de sus metrópolis. Sin embargo, desde el siglo VIII, Colonia habia sido reconocida como arzobispado, y tenia por sufragáneas las sillas de Lieja, Utrecht, Munster, Minden y Osnabruck. Metz, Toul y Verdun formaban desde muy antiguo la diócesis metropolitana de Tréveris. Celebróse el primer concilio aleman durante el reinado de Arnulfo en el sitio real de Tribur en 894. Trabajóse en él para restaurar y asegurar la disciplina y la autoridad eclesiásticas; y se decretó entre otras cosas que en los procesos en que entrasen eclesiásticos y legos, debiesen prevalecer las decisiones de los Obispos sobre las de los Condes, en el caso de ser contradictorias.

No bien se habia restablecido el orden en la Iglesia, cuando fue

¹ Véase sobre Fulberto de Chartres, *Stolberg-Kerz*, t. XXXIII, página 492.

² Véanse las crónicas de *Regino*, *Ditmaro* de Merseburgo, *Adam* de Brema, *Lamberto* de Aschaffenburg, *Wittichindi*, monach. Corbej. *Annal.* (hasta el 957). *Adelboldi Vita Henrici II.* *Wipponis Vita Conradi Salici.* *Sigm. Calles*, S. J. *Annales Eccles. Germ.* t. IV, c. 5.

alterado de nuevo, á consecuencia de las invasiones que hicieron los húngaros en tiempo de los hijos menores de Arnulfo y de los descendientes de Luis. Oton, que reinó del 936 al 73, alcanzó una victoria cerca de Lech, con la que puso afortunadamente término á estas invasiones. Levantó de su estado de abatimiento á la Iglesia de Alemania, y la hizo florecer mas que otra alguna de Europa; y entonces los pueblos volvieron á encontrar guias, protectores, y hasta verdaderos padres en obispos tales como san Ulrico de Augsburg, Brunon de Colonia, Adalberto de Magdeburgo, y Federico de Maguncia, excelente prelado, aunque algo equívoco en materia de política. Florecieron entonces entre los conventos, además de Corbia y su historiador Witekindo, Sangall y sus piadosos abades Rotker y Eccehardo; contáronse entonces entre los Obispos hombres bajo todos conceptos muy notables. Durante el reinado de los dos Otones, cuyo celo dió á la Iglesia Soberanos Pontífices tan grandes como Gregorio V y Silvestre II, floreció en Alemania san Wolfango, obispo de Ratisbona; san Gerardo, obispo de Toul; san Conrado, obispo de Constancia; Bernardo, obispo de Hildesheim; Piligrin, obispo de Passau, que tres veces fué en peregrinacion á la Tierra Santa. Los obispos de esta última diócesis habian obtenido del papa Leon VII, y conservado por decision de Agapito y Benedicto VII, el título y las prerogativas de metropolitanos de Lorch, á pesar de la oposicion del arzobispo de Salzburgo, y produjo un cambio notable en la jerarquía de la Iglesia de Alemania. Fue restablecido bajo el emperador Enrique II el obispado de Merseburgo, y fundado el de Bamberga, que confirmó Juan XVIII y ocupó el canciller del Emperador, Everardo de Willegis. La fundacion de este obispado habia excitado de tal modo el celo de ese piadoso Príncipe, que no dudó ni en ponerse de rodillas ante el concilio de Francfort, celebrado en 1006, suplicando á los obispos presentes que consintiesen en lo que tanto pretendia. Enrique II, sin embargo, no obró menos arbitrariamente que Oton I en lo de poner hechuras suyas en posesion de los obispados de su reino. ¿Quién duda, empero, que la mayor parte de las elecciones hechas por esos dos Emperadores fueron favorables á la Iglesia, cuando hubo en aquellos tiempos en Alemania obispos tan eminentes como Meinweg

de Paderborn, san Wolbodo de Lieja, Burchardo de Worms, Dittmaro de Merseburgo; el mejor historiador que ha tenido la Alemania antes de Lamberto de Aschaffenburg? Brillaron en esta época con todo su esplendor la escuela catedral de Lieja, fundada por el obispo Rotker, que murió en 1008, las escuelas de Fulda, de Hildesheim y de Paderborn fundadas por Meinwerk. Debióse á la enérgica influencia de los obispos que Conrado el Viejo ó el Sállico fuese elegido sucesor de Enrique II; y justificó Conrado su elección nombrando á su vez obispos tan piadosos como san Popo de Estrasburgo, Reginaldo de Spira, el sábio Bruno de Wurtzburgo y el arzobispo Bardon de Maguncia, que dió pruebas de un mérito tan grande siendo abad de Hersfeld, que el convento de Fulda le cedió el antiguo derecho que tenia de elegir el arzobispo alternativamente con la iglesia de Maguncia. Distinguiéronse también en esta época Godehardo, obispo de Hildesheim, por su don de profecía y por la perfecta disciplina que estableció en su iglesia catedral; Unwan de Brema por su celo en propagar la fe cristiana hácia el Norte de la Escandinavia, y por su rara prudencia, que le concilió la amistad de los reyes del Norte y de los príncipes eslavos. Enrique III, nuevo Carlo Magno por su sabiduría y la pureza de sus intenciones, mereció bien de la Iglesia contribuyendo á la elección de los papas Clemente II, Dámaso II, Leon IX y Víctor II, y oponiéndose con vigor á los progresos de la simonía. Pedro Damiano, poco sospechoso por cierto, le elogia sobre este punto diciendo, que «después de Dios fue él quien aplastó la cabeza de la espantosa hidra.» Gracias á los esfuerzos de ese generoso Emperador para restaurar la autoridad y la consideración de la Santa Sede, pudo recobrar el Papa su legítima influencia sobre los negocios eclesiásticos de Alemania, influencia que revelan ya las palabras dirigidas al Emperador por Wazon, obispo de Lieja: «Os debemos fidelidad del mismo modo que debemos obediencia al «Papa.»

Desgraciadamente durante la minoría de su hijo Enrique IV, bajo la perniciosa influencia de Adalberto, obispo de Brema, reapareció la simonía de una manera terrible, é hizo nacer entre el pontificado y el imperio una controversia desastrosa que no cesó sino después de una lucha de dos siglos.

Italia ¹. En ninguna parte la Iglesia sufrió tanto como en Italia la cruel tormenta de las invasiones y las violencias del Arrianismo. Anselmo, duque de Friul, yerno del rey lombardo Astolfo, fundó en los Estados de Módena el célebre convento de Nonantula, del cual fue el primer abad, teniendo bajo su dirección 1144 monjes repartidos en diferentes monasterios. Rachis, sucesor de Astolfo, entró con toda su familia real en el convento de San Benito ². Mas no correspondió á tan nobles principios. Ya el historiador de los lombardos, Pablo Warnefrido, se queja de que hácia los últimos tiempos del reino de los lombardos hubiese caído la tan venerable iglesia de San Juan de Monza en manos de sacerdotes simoníacos é infractores de la ley del celibato. Mejoraron momentáneamente las cosas bajo la dominación franca; mas la tenaz negativa de los arzobispos de Ravena, y sobre todo la del arzobispo Juan, á sujetarse al Papa; la necia cuestión de preferencia suscitada en 980 por los obispos de la Istria, y decidida por Leon VIII en favor de los dos patriarcas de Aquilea y Venecia; y por fin, la simonía y el concubinato de los sacerdotes, agravaron de una manera singular el estado ya deplorable de la Italia después de la extinción de la dinastía Carlovingiana. La influencia de los Otones de Alemania no había sido mas que pasajera. En vano en 1022 un concilio de Pavia, presidido por el papa Benedicto VIII, había decretado diferentes cánones sobre la incontinencia de los eclesiásticos; el fatal ejemplo de Guido, arzobispo de Milan, mantuvo el Clero en sus costumbres vergonzosas. Experimentóse entonces una reacción contra el partido aristocrático y mundano del sacerdocio; y nació del seno del pueblo, bajo la dirección de dos jóvenes sacerdotes llenos de celo por la conservación de la pureza cristiana, Arialdo y Landolfo, una sociedad que tenía por objeto destruir la simonía y el concubinato. El partido contrario llamó luego á los miembros de esta sociedad con el nombre de *patarines*, es decir (hacina popular); mas ellos no tardaron en tomar esa calificación como un título honorífico, cosa que mas tarde hicieron también los de la sociedad de *los mendigos*. Alcan-

¹ Véanse los escritos de Atton, ob. de Verceil, *Rhaterius* de Verona, *Luitprando*, ob. de Cremona, *Pedro Damiano*, c. 5.

² Véase § 166.

zaron una influencia tal, que en 1057 obligaron á los eclesiásticos á aceptar una decision popular que exigia el restablecimiento general del celibato entre los sacerdotes; y el pueblo se negó á recibir los Sacramentos de manos de los que vivian en concubinato. Formaron á poco una asociacion mucho mayor llamada *Pataria*, que desde Milan extendió su autoridad y su accion siempre creciente á toda la Lombardia. Asociado Arialdo á eclesiásticos animados del mismo celo, introdujo por primera vez en Milan la vida regular y comun, y ganó en favor de su causa al valiente Herlembaldo, hermano de Landolfo. Deseoso el Papa de animar á los autores de tamaña empresa, nombró á Herlembaldo confalonero de la Iglesia¹. Todo ese movimiento popular, tan útil á la Iglesia, y tan eficaz para la reforma del Clero, partia de las silenciosas celdas de Camaldula y de Valleumbrosa². Pedro Damiano, por su parte, obrando como legado del Papa, y con su gravedad, su moderacion y su firmeza, volvió á excitar en el desgraciado clero de Milan algunos sentimientos de dolor y un vivo y sincero arrepentimiento. Lo que mas contribuyó á aumentar el crédito y la autoridad moral de la *Pataria* fué el feliz éxito con que sufrió la prueba del fuego el monje Pedro de Valleumbrosa, llamado en virtud de ese juicio de Dios *Petrus Igneus*. Conviene no olvidar que una de las causas mas reales del deplorable estado del Clero en los siglos X y XI fue el descuido casi general de los estudios teológicos: las dos escuelas filosóficas de Milan y las clericales de Parma, Bolonia y Fayenza carecian de

¹ *Arnulphi Mediolan. gesta Mediolanensium, et Landulphi senioris Hist. Mediolan. (Muratori, Scriptores, t. IV). Bonizonis, Sutrien. episc. lib. ad amicum. (Hefele, Scriptor. rer. Boicar. t. II). B. Andreae (discipulo de Arialdo) Vita S. Arialdi, et Landulphi, de S. Paulo (sus contemporáneos), Vita S. Arialdi. (Puricelli, de SS. martyrib. Arialdo et Herlembaldo. Mediol. 1637; tambien en Bolland. Acta SS. ad d. 27 mens. junii). Andrés describe de esta manera el clero de Milan: Alii cum canibus et accipitribus huc illucque pervagantes, alii verò tabernarii, alii usurarii existebant, cuncti ferè cum publicis uxoribus sive scortis suam ignominiosè ducebant vitam. Cf. tambien Baron. ad ann. 1061, núm. 48. Muratori, Hist. de Italia, P. VI, p. 333. Acta Eccles. Mediolan. à Carolo, cardinali S. Praxedis archiepiscopo, condita, etc. edit. nova. Mediol. 1814, t. I.*

² Véase § 192.

importancia, pues apenas llegaban mas allá del *trivium* y el *quadrivium*.

*Heptarquía anglo-sajona*¹. Las iglesias parroquiales, fundadas por el arzobispo Teodoro de Cantorbery, habian consolidado el establecimiento del Cristianismo en Inglaterra. Apresuraban ahora con su ejemplo y sus trabajos la obra de la regeneracion evangélica sacerdotes llenos de moralidad y pureza, educados en conventos florecientes, y sobre todo en la abadía de Glastonbury, «madre de los Santos.» Aquí, como en otras partes, hicieron esos servicios importantes de que fuesen declarados los bienes eclesiásticos libres de toda carga é impuesto, menos del conocido con el nombre de *necessitas trinoda* (contribucion del bando, mantenimiento de caminos y fortalezas). Llena de reconocimiento para con Roma, como debe estarlo una hija para con su madre, siguió la Iglesia de Inglaterra en íntima union con la Iglesia apostólica, de donde le habian venido los primeros misioneros. Ocho reyes de Inglaterra pasaron en peregrinacion á Roma, y fue uno de ellos probablemente Offa de Mercia, quien al parecer en 790 introdujo el uso del pago del dinero de san Pedro (*romescot*), destinado primitivamente al sosten de las escuelas clericales inglesas que habia en Roma. Fundáronse numerosos obispados en torno de las grandes metrópolis de York y de Cantorbery. En el concilio de Cloveshove, celebrado en 803, Ethelhardo de Cantorbery fue reconocido como metropolitano por doce Obispos; y en la misma época el arzobispo de York tenia ya cinco sufragáneos.

Dispuesta así la jerarquía eclesiástica, al paso que era para la Iglesia una prenda de estabilidad y fuerza, daba á la misma una garantía de lo que naturalmente habia de progresar la cultura científica y teológica que iban recogiendo sus individuos en sus frecuentes é íntimas relaciones con la Iglesia de Irlanda. Así como el venerable northumbrio Beda, que murió en 735², adqui-

¹ *Beda, Chronicon Anglo-Saxonicon, ed. Ingram. Lond. 1823, in 4. Guibelmi Malmesburiensis de Gestis regum Anglor. lib. V (hasta 1126); de Gest. pontificum Anglor. (Savile, rer. Anglic. scriptor. Lond. 1596, in fol.). Ingulphi abbas Croylandensis Descriptio compilata (hasta el 1066 en Savile). Alfordi Annal. Eccl. Brit. Leod. 1663, t. II et III.*

² Véase § 171.

rió y conservó el nombre de maestro entre sus contemporáneos y hasta entre las generaciones sucesivas. Edberto, su discípulo, hijo del rey, y arzobispo de York, formó á Alcuino, á quien más tarde debió la escuela de York su reputación europea. Mas desgraciadamente las invasiones de los bárbaros detuvieron esos progresos de la Iglesia, que no continuaron hasta que Alfredo el Grande¹ libertó en 880 á su pueblo del yugo de los dinamarqueses; y no contento con haber obligado á los vencidos á abrazar el Cristianismo, procuró domar la ignorancia, que era mas amenazadora aun que los mismos bárbaros, llamando junto á sí á los principales sábios de la Francia, y traduciendo por sí mismo al inglés, ayudado por los obispos Plegmon de Cantorbery y Werfrith de Worcester, la historia eclesiástica de Orosio y de Beda, el célebre libro de Boecio, titulado *de Consolatione philosophica*, la Regla pastoral de san Gregorio, los mejores trozos de las obras de san Agustín y parte de los Salmos. No fueron, con todo, suficientes estos generosos esfuerzos para remediar la ignorancia ni la inmoralidad, consecuencias deplorables de la ruina de las instituciones clericales, destruidas por los dinamarqueses. Fue preciso ordenar, á falta de otros, á personas indignas de tan singular beneficio; y ¡cosa inaudita en Inglaterra hasta el 860! se echó públicamente en cara al Clero el concubinato de los individuos que lo componían. El concilio de Lóndres, celebrado durante el reinado de Edmundo en 944, se vió obligado á recordar seriamente al Clero que su deber era vivir en la continencia, y no llegó á poder detener los progresos del mal. Arruináronse los conventos en otro tiempo florecientes; despobláronse y viéronse obligados á ir á buscar gente en Francia, que les envió hombres tales como Dunstan y Oswaldo, restauradores de la vida clerical en Inglaterra, como si hubiese querido pagar entonces su deuda y reconocer los servicios de igual naturaleza que la Gran Bretaña la ha-

¹ *Asserii Menevensis Annales rer. gest. Alfredi*. Oxon. 1722. *Stolberg*, Vida de Alfredo el Grande, rey de Inglaterra. Munster, 1815. « Inter stridores lituorum, inter fremitus armorum, leges tulit, quibus sui et divino cultui et disciplinae militari assuescerent, » dice *Malmesbury*. Véase en cuanto á los estímulos dados á la ciencia, *Stolberg*, loc. cit. p. 271-87. *Lorentz*, Hist. de Alfredo sacada de la historia de los Ang. Sax. de Turner. Ham. 1829, *Stolberg-Kerz*, t. XXXI, p. 107.

bia prestado en otros dias. Levantó entonces el Señor entre los mismos hijos de Inglaterra instrumentos poderosos para la Iglesia. En el reinado de Edredo entraron en el convento los tres hijos de Eduardo, sucesor de Alfredo; el canciller de Estado Turketul, y Dunstan que le sucedió en el mismo cargo; y no tardó este último en ser abad del convento de Glastonbury, y aquel del monasterio de Croyland.

Dunstan paso desde su convento á la silla de Winchester, y poco despues al arzobispado de Cantorbery¹. Llevóse su pensamiento á la altura de su posición, y concibió el proyecto de reformar completamente el Clero. Oswaldo, obispo de Worcester, y Etelwardo de Winchester², se unieron con entusiasmo á esa bella y santa empresa, que el rey Edgar favoreció por su parte cuanto pudo. « Pensad, dijo ese piadoso Rey al venerable Dunstan durante el concilio de Lóndres celebrado en 969, pensad en que desde lo alto del cielo os está contemplando mi padre; oid las quejas que os dirige sobre la ruina de los conventos y de las iglesias que con tanto placer edificó en su vida. Han despreciado vuestros consejos: tomad, pues, las mas severas medidas, apelad al castigo, y sostendrá la autoridad real todas vuestras disposiciones. Apartad de vuestro seno á todos los hombres indignos de ejercer las funciones eclesiásticas: reemplazadlos con hombres virtuosos y entendidos. »

Confirmó el papa Juan XIII con su autoridad la empresa del siervo de Dios; y al paso que se empeñó una lucha seria contra un clero immoral y rebelde, fueron preparándose los planteles de un nuevo clero por medio de una prudente y progresiva reforma de los conventos. Puso entonces un concilio á los eclesiásticos en la alternativa de sujetarse á la práctica de la continencia, ó per-

¹ La biografía de san Dunstan por *Brilforth* y *Osborn* (*Bolland. mens maii*, t. IV, p. 344), por *Osbert* (*Surius Vitae SS.* t. III, p. 309, et *Wharton*, *Angl. sacra*, t. II p. 211-26, bajo el nombre de *Eadmer*; sigue luego el *Scrutinium* de corpore S. Dunstani, p. 227-33). Véase *Harduin*, t. VI, p. I, p. 675, le- ges contra clericos conjugatos.

² *Eadmeri Vita S. Oswaldi*. (*Wharton*, t. II, p. 191-210). *Wolstani Vita S. Ethelwodi*. (*Mabillon*, *Act. SS. ord. S. Ben. saec. V*). Cf. *Wilkins*, *Concilia Magnae Britan. et Hibern.* Lond. 1737, t. I. Cf. *Stolberg-Kerz*, t. XXXI, p. 367-86.

der los beneficios anejos á su cargo; y á consecuencia de esto Oswaldo, obispo de Worcester, construyó cerca de su catedral una nueva iglesia en que puso monjes, y el mismo celebró en ella el santo sacrificio. Abandonó el pueblo á la vez la iglesia antigua y el clero depravado que la ocupaba; y esto dió lugar á que fuese seguido este ejemplo en muchas partes. Volvieron diversos sínodos á poner en vigor los antiguos decretos de Dunstan sobre el celibato, cuya ejecucion favoreció el rey Edgar en cuanto pudo. Interrumpió desgraciadamente estos progresos la muerte del Rey y la del arzobispo Dunstan, tras la cual empezó con nuevo furor entre la raza anglo-sajona y la dinamarquesa una lucha que no terminó hasta 1002 con el espantoso degüello de todos los dinamarqueses residentes en las provincias sajonas.

Durante el reinado de Eduardo el Confesor, que duró del 1042 al 66, volvió á entrar la Bretaña bajo el cetro de su antigua familia real, que restituyó la paz á la isla y volvió á unir su Iglesia con la Silla apostólica. Establecióse durante el mismo reinado el predominio de la influencia normanda, útil desde luego, pero peligrosa algo mas tarde, bajo el punto de vista político. Murió Eduardo sin hijos, y le sucedió Guillermo el Conquistador despues de la victoria de Hastings.

Irlanda. La Iglesia de Irlanda, sólidamente fundada por san Patricio, no tardó en prosperar; mas desde 795 participó de la suerte de la de Inglaterra. Durante las guerras casi continuas de los dinamarqueses se apoderó no pocas veces del clero irlandés el amor á los combates: hasta los mismos abades entraban á menudo en los campos de batalla. Hacia el 927 cayó la grande iglesia de Armagh en poder de una familia poderosa, cuyos individuos gobernaron durante dos siglos, ya como obispos, ya como príncipes temporales, la diócesis y la provincia del mismo nombre. Tuvo esa doble dominacion una triste influencia sobre toda la Iglesia de Irlanda. Desde cerca de 846 se habian confundido la dignidad episcopal y la autoridad real en la persona de Emlý Olchobair Mac-Kinedo; y esta confusion de poderes, que pasó á ser costumbre en la Iglesia de Irlanda, fue quizás una de las causas del amor que tuvieron desde entonces los irlandeses á viajes y continuos cambios. Tuvieron los monjes irlandeses en Alema-

nia conventos particulares, y en Francia los hospicios llamados *Hospitalia Scotorum*, de que trata una capitular de Carlos el Calvo. Distinguiéronse los irlandeses bajo muchos puntos de vista por sus estudios eclesiásticos y sus instituciones científicas: en aquella época se contaba ya entre ellos un Virgilio, obispo de Salzburgo, que enseñaba ya la existencia de los antípodas; un Sedulio, abad de Kildaro; un Dungal, doctor de Pavía, que se hizo famoso en la controversia de las imágenes; un hombre tan profundo y sutil como Erigena.

Escocia. La supremacía de las iglesias escocesas parece haber pertenecido en un principio al obispo de Dunkeld, cuya iglesia episcopal fue fundada en 849 por el rey Kennet, vencedor de los pictos; mas pasó á fines del siglo X al obispo de San Andrés ¹. Estaba el Clero compuesto principalmente de monjes y de kuldeos (*Keledei*, en irlandés *Ceile-Dac*, es decir, servidores de Dios, hombres que viven en comun), que no eran evidentemente sino canónigos que vivian segun la regla de Chrodegango; mas el nombre de estos no fue conocido ni estuvo en uso en Escocia hasta la segunda mitad del siglo IX ².

España. La Iglesia de este reino se habia consolidado en tiempo del rey visigodo Recaredo. Numerosos concilios celebrados en Toledo unos tras otros desde el siglo IV hasta el año 633, habian contribuido con sus sábios cánones á mejorar su situacion ³, á impedir que el poder secular se mezclase en los negocios espirituales, y á asegurarla por lo contrario una parte activa en la direccion de los negocios del Estado. Segun el concilio XVII celebrado en 694, durante los tres primeros días de sesion no podia ningun concilio ocuparse sino en negocios puramente ecle-

¹ Véanse en *Innes* el Ensayo crítico, Lónd. 1729, en 4, 2, vol. y en *Pinkerton*, Investigaciones sobre la historia antigua de la Escocia. Lónd. 1789, 2 vol.

² *Braun*, de Culdeis commentatio historico-ecclesiastica. Bonnac, 1840, in 4.

³ *Eulogii Cordubens. Memoriale sanctor. Apologeticus pro martyr. Adhortatio ad martyr. et epp.* (Max. Bibl. t. XV, et *Schotti Hispania illustrata*, t. IV), *Pauli Alvari Indiculus luminosus. Samsonis, abbat. Cordub. Apologeticus.* (España sagrada, ed. III. Matrit. 1792, t. XI). Cf. *Stolberg-Kerz*, t. XXVIII, p. 389-432.